



BOLETIN OFICIAL ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE MENORCA.

Este BOLETIN se publicará ordinariamente una vez al mes, sin perjuicio de los números extraordinarios que disponga nuestro Ilustrísimo Prelado.

SE SUSCRIBE EN LA
SECRETARÍA DE CÁMARA.

PRECIO DE SUSCRIPCION.
UN AÑO 6 PESETAS

CARTA ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEON XIII

PAPA POR LA DIVINA PROVIDENCIA

SOBRE EL SANTO ROSARIO DE MARÍA.

Á SUS HONORABLES HERMANOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS
Y OTROS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNION CON LA SANTA SEDE, LEON XIII, PAPA

Venerables hermanos: Salud y bendicion Apostólica.

A la santa alegría que Nos ha causado el feliz cumplimiento del quincuagésimo aniversario de Nuestra consagración episcopal, añádese vivísima fuente de ventura; es, á saber: que hemos visto á los católicos de todas las naciones, como hijos respecto de su padre, unirse en imponente manifestacion de su fé y de su amor hacia Nos.

Reconocemos en este hecho, y lo proclamamos con nuevo agradecimiento, un designio de la Providencia de Dios, una prueba de su suprema benevolencia hacia Nos mismo y una gran ventaja para su Iglesia.

Nuestro corazon anhela colmar de gracias por este beneficio á Nuestra dulcísima intercesora cerca de Dios, á su augusta Madre. El amor particular de María, que mil veces hemos visto manifestarse en el curso de Nuestra carrera tan larga y tan variada, luce cada día más claramente ante Nuestros ojos, y tocando Nuestro corazón con una suavidad incomparable, Nos confirma en una confianza que no es propiamente de la tierra.

Parécenos oír la voz misma de la Reina del cielo, ora animándonos bondadosamente en medio de las crueles pruebas á que la Iglesia está sujeta, ora ayudándonos con sus consejos en las determinaciones que debemos tomar para la salud de todos; ora, en fin, advirtiéndonos que reanimemos la piedad y el culto de todas las virtudes en el pueblo cristiano. Varias veces se ha hecho en Nós una dulce obligación responder á tales estímulos.

Al número de los frutos benditísimos que, gracias á su auxilio, han obtenido Nuestras exhortaciones, es justo recordar cual ha sido el provecho que la Religion ha sacado de la propagacion del Santísimo Rosario. Se han acrecentado aquí Cofradías de piadosos fieles; allá se han fundado nuevas; hanse esparcido preciosos escritos sobre esto entre el pueblo, y hasta las Bellas Artes Nos han proporcionado valiosos objetos.

Pero ahora, como si oyésemos la propia voz de esta Madre decirnos: *clama, ne cesses*, quereinos ocupar de nuevo vuestra atencion, venerables Hermanos, con el Rosario de María en el momento en que empieza el mes de Octubre, que Nos hemos consagrado á la Reina del cielo, y a esa devocion del Rosario, que le es tan grata, concediendo con tal ocasion á los fieles el favor de santas indulgencias.

El objeto principal de Nuestra Carta no será, sin embargo, ni escribir un nuevo elogio de una plegaria tan bella por sí misma, ni excitar á los fieles a que la recen cada vez más. Hablaremos de algunas preciosísimas ventajas que de ella se pueden obtener, y

que son perfectamente adecuadas á los hombres y á las circunstancias actuales.

Nós hemos íntimamente persuadido, en efecto, de que la devoción del Rosario, practicada de tal suerte que procure á los fieles toda la fuerza y toda la virtud que en ella existen, será manantial de numerosos bienes, no solo para los individuos, sino tambien para todos los Estados.

Nadie ignora cuánto deseamos el bien de las naciones, conforme al deber de Nuestro supremo apostolado, y cuán dispuesto estamos á hacerlo, con el favor de Dios. Nós hemos advertido efectivamente á los hombres investidos del poder que no promulguen ni apliquen leyes que no estén conformes con la justicia divina. Nós hemos exhortado frecuentemente á aquellos ciudadanos superiores á los demás por su talento, por sus méritos, por su nobleza ó por su fortuna á comunicarse recíprocamente sus proyectos, á unir sus fuerzas para velar por los intereses del Estado y promover las empresas que pueden serle ventajosas.

Pero existe gran número de causas que en una sociedad civil relajan los lazos de la disciplina pública y desvian al pueblo de procurar, como debe, la honestidad de las costumbres. Tres males, sobre todo, Nos parecen los más funestos para el común bienestar, que son: *el disgusto de una vida modesta y activa; el horror al sufrimiento, y el olvido de los bienes eternos que esperamos.*

Nós deploramos—y aquellos mismos que todo lo atribuyen á la ciencia y al provecho de la Naturaleza reconocen el hecho y lo lamentan—Nós deploramos que la sociedad humana padezca de una espantosa llaga, y es que se menosprecien los deberes y las virtudes que deben ser ornato de una vida oscura y ordinaria.

De donde nace que en el hogar doméstico los hijos se desentiendan de la obediencia que deben á sus padres, no soportando ninguna disciplina, á menos que no sea fácil y se preste á sus diversiones. De ahí viene tambien que los obreros abandonen su oficio, huyan del trabajo y, descontentos de su suerte aspiren más alto, deseando una quimérica igualdad de fortunas: movidos de idénticas aspiraciones, los habitantes de los campos dejan en tropel su tierra natal para

venir en pos del tumulto y los fáciles placeres de las ciudades.

A esta causa debe atribuirse también la falta de equilibrio entre las diversas clases de la sociedad; todo está desquiciado: los ánimos están comidos del odio y la envidia: engañados por falsas esperanzas, turban muchos la paz pública ocasionando sediciones, y resisten á los que tienen la misión de conservar el orden.

Contra este mal hay que pedir remedio al Rosario de María, que comprende á la vez un orden fijo de oraciones y la piadosa meditación de los Misterios de la vida de! Salvador y de su Madre. Que los *Misterios gozosos* sean indicados á la multitud y puestos ante los ojos de los hombres, á manera de cuadros y modelos de virtudes: cada uno comprende cuan abundantes son y cuán fáciles de imitar y propios para inspirar una vida honesta los ejemplos que de ellos pueden sacarse y que seducen los corazones por su admirable suavidad.

Que se represente la Casa de Nazareth, este asilo á la vez terrestre y divino de la santidad. ¡Qué modelo tan hermoso para la vida diaria! Qué espectáculo tan perfecto de la unión al hogar! Reinan ahí la sencillez y la pureza de las costumbres: un perpétuo acuerdo en los pareceres; un orden que nada perturba; la mútua indulgencia; el amor, en fin, no un amor fugitivo y mentiroso, sino un amor fundado en el cumplimiento asídúo de los deberes recíprocos y verdaderamente digno de cautivar todas las miradas.

Allí, sin duda, ocúpanse en disponer lo necesario para el sustento y el vestido; pero es con el sudor de la frente, *in sudore vultus*, y como quienes, contentándose con poco, trabajan más bien para no sufrir el hambre que para procurarse lo superfluo. Sobre todo esto, adviértese una soberana tranquilidad de espíritu y una alegría del alma igual en cada uno: dos bienes que acompañan siempre á la conciencia de las buenas acciones cumplidas.

Los ejemplos de estas virtudes, de la modestia y de la sumisión, de la resignación al trabajo y de la benevolencia hacia el prójimo, del celo en cumplir los pequeños deberes de la vida ordinaria; todas esas enseñanzas, en fin, que á medida que el hombre las

comprende mejor, mas profundamente penetran en su alma, traerán un cambio notable en sus ideas y su conducta. Entonces cada uno, lejos de encontrar despreciables y penosos sus deberes particulares, los tendrá más bien por muy gratos y llenos de encanto; y gracias á esta especie de placer que sentirá con ellos, la conciencia del deber le dará más fuerza para bien obrar.

Así las costumbres se suavizarán en todos los sentidos; la vida doméstica se deslizará en medio del cariño y de la dicha, y las relaciones mútuas estarán llenas de sincera benevolencia y de caridad. Y si todas estas cualidades de que estará dotado el hombre individualmente se extienden á las familias, á las ciudades, al pueblo todo cuya vida se sujetaría á estas prescripciones, es fácil de concebir cuántas ventajas obtendría de ello el Estado.

Otro mal funestísimo y que Nós no deploraremos bastante, porque cada día penetra más profundamente en los ánimos y hace mayores estragos, es la resistencia al dolor y eso de rechazar violentamente todo lo que parece molesto y contrario á nuestros gustos.

La mayor parte de los hombres, en vez de considerar, como sería preciso, que la tranquilidad y la libertad de las almas es la recompensa preparada á los que han cumplido el gran deber de la vida sin dejarse vencer por los peligros ni por los trabajos, se forjan la idea de un Estado donde no habria objeto alguno desagradable y donde se gozaría de todos los bienes que esta vida puede dar de sí. Deseo tan violento y desenfrenado de una existencia feliz es fuente de debilidad para las almas, que si no caen por completo, se enervan por lo menos, de suerte que huyen cobardemente de los males de la vida, dejándose abatir por ellos.

Tambien en este peligro puede esperarse del Rosario de María grandísimo socorro para fortalecer las almas (tan eficaz es la autoridad del ejemplo), si los Misterios que se llaman *dolorosos* son objeto de una meditacion tranquila y suave desde la más tierna infancia, y si luego se continúa meditándolos asiduamente. En ellos se nos muestra á Cristo *autor y consumidor de nuestra fé*, comenzando á obrar y á enseñar, á

fin de que encontremos en Él mismo ejemplos adecuados á las enseñanzas que Nos dió sobre la manera como debemos soportar las fatigas y los sufrimientos. Él quiso sufrir los males mas terribles con una gran resignacion.

Vémosle agobiado de tristeza hasta el punto de que la sangre corre por todos sus miembros como sudor copioso. Vémosle cargado de ligaduras, como un ladrón sometido al juicio de hombres perversos, objeto de odiosos ultrajes y de falsas acusaciones. Vémosle flagelado, coronado de espinas, clavado en la Cruz, considerado como indigno de vivir largo tiempo y merecedor de morir en medio de las aclamaciones de las turbas.

Pensamos cual debió ser, ante tal espectáculo el dolor de su Santísima Madre, cuyo corazón fué, no solamente herido, sino atravesado de una espada; de suerte que se la ha llamado, y lo es realmente, la Madre del dolor.

Aquel que, no contento con la contemplacion de los ojos, medite frecuentemente estos ejemplos de virtud, cómo sentirá renacer en sí la fuerza para imitarlos! Que la tierra sea para él maldita; que no produzca mas que espinas y zarzas; que su alma sufra todas las amarguras posibles; que la enfermedad agobie su cuerpo, no habrá mal alguno, ya provenga del ódio de los hombres, ya de la cólera de los demonios, ningun género de calamidad pública ó privada que él no venza con su resignación.

De él podrá decirse con razon: obrar y sufrir mucho es propio del cristiano. El cristiano, en efecto, aquel que es considerado á justo título como digno de este nombre, no puede seguir en vano al Cristo paciente. Hablamos aquí de la paciencia, no de esa vana ostentacion del alma endureciéndose contra el dolor que manifestaron algunos filósofos antiguos, sino de la que, aplicando el ejemplo de Cristo que *quiso sufrir la Cruz cuando pudo elegir la alegría, y que despreció la confusion*, y pidiéndole los auxilios de su gracia, no retrocede ante ninguna pena, las sobrelleva todas con regocijo y las considera como un favor del cielo.

La fé católica ha poseído y posee todavía discípulos penetrados de esta doctrina, hombres y mujeres

de todo país y de toda condicion, dispuestos á sufrir, siguiendo el ejemplo de Cristo, todas las injusticias y todos los males por la virtud y por la Religión, apropiándose más aún el ejemplo que la palabra de Dídymo: «Vamos tambien nosotros y muramos con El.» ¡Que los ejemplos de esta admirable constancia se multipliquen cada vez más, y la fuerza de los Estados y la gloria de la Iglesia crecerán incesantemente!

La tercera especie de males á que es preciso poner remedio es, sobre todo, propia de los hombres de nuestra época. Los de las edades pasadas, si bien estaban ligados de una manera á veces criminal á los bienes de la tierra, no desdeñaban enteramente, sin embargo, los del cielo: los más sabios de entre los mismos paganos enseñaron que esta vida era para nosotros una hospedería, no una morada permanente; que en ella debíamos alojarnos durante algun tiempo, pero no habitarla.

Los hombres de hoy, aunque instruidos en la fe cristiana, se adhieren en su mayor parte á los bienes fugitivos de la vida presente, no solo como si estuviese borrada de su espíritu la idea de una pátria mejor, de una bienaventuranza eterna, sino como si quisieran destruirla enteramente á fuerza de iniquidades. En vano San Pablo les hizo esta advertencia: «No tenemos aquí una morada estable, sino que buscamos una que hemos de poseer algún dia.»

Cuando se pregunta cuales son las causas de esta calamidad, se ve, por de contado, que en muchos existe el temor de que el pensamiento de la vida futura pueda destruir el amor de la patria terrestre y perjudicar la prosperidad de los Estados. No hay nada más odioso y más insensato que semejante conviccion. Las esperanzas eternas no tienen por carácter absorber de tal manera á los hombres que los aparten por completo del cuidado de los bienes presentes. Cuando Cristo mandó buscar el reino de Dios dijo que se le buscase primero; pero no que se dejase todo lo demás á un lado.

El uso de los objetos terrestres y los goces permitidos que de ellos se pueden sacar no tienen nada de ilícito, si deben contribuir al acrecentamiento ó á la recompensa de Nuestras virtudes, y si la prosperidad

y la civilización progresiva de la patria terrestre al manifestarse de una manera espléndida en el mútuo acuerdo de los mortales, refleja la belleza y magnificencia de la patria celestial. No hay en esto nada que no convenga á seres dotados de razón, ni que sea opuesto á los designios de la Providencia, porque Dios es á la vez el autor de la Naturaleza y de la Gracia, y no quiere que la una sea opuesta á la otra, ni que haya entre ellas conflicto, sino que celebren en cierto modo un pacto de alianza para que, bajo su dirección, lleguemos un día por el camino más fácil á aquella eterna felicidad á que fuimos destinados.

Pero los hombres egoístas dados á los placeres, que dejan errar todos sus pensamientos sobre los objetos terrestres, y no pueden elevarse á más altura, en lugar de ser movidos por los bienes de que gozan, á desear más vivamente los del cielo, pierden completamente la idea misma de la eternidad y van á caer en una condición indigna del hombre. En efecto, el poder divino no puede herirnos con pena más terrible que dejándonos gozar de todos los placeres de la tierra, pero olvidando al mismo tiempo los bienes eternos.

Evitará completamente este peligro aquél que se dé á la devoción del Rosario y medite atenta y frecuentemente los Misterios gloriosos que en él se nos proponen. En estos Misterios, ciertamente, nuestro espíritu toma la luz necesaria para conocer los bienes que no ven nuestros ojos, pero que Dios, Nos lo creemos con firme fé, prepara á aquellos que le aman. Así aprendemos que la muerte no es un aniquilamiento que nos arrebatara y que nos destruye todo, sino una emigración, y por decirlo así, un cambio de vida. Nos percibimos claramente que hay una ruta hacia el cielo abierta para todos, y cuando Nosotros veamos á Cristo resucitar, Nos acordaremos de su dulce promesa: «Yo voy á prepararos un puesto.» Nos creemos ciertamente que vendrá un tiempo «en que Dios secará todas las lágrimas de Nuestros ojos, en que no habrá más luto, ni quejidos, ni dolor, sino que estaremos siempre con Dios, parecidos á Dios, pues que le veremos tal cual es, gozando del torrente de sus delicias, «conciudadanos de los Santos», en comunión bienaventurada con María, su Madre y nuestra poderosa Reina.

El espíritu que considere estos misterios no podrá

menos de inflamarse y de repetir esta frase de un hombre muy santo: «¡Qué triste y pesada es la tierra cuando miro al cielo!» El gozará del consuelo de pensar «que una tribulación momentánea y ligera nos conquista una eternidad de gloria». Este es, en efecto, el único lazo que une el tiempo presente con la vida eterna, la ciudad terrestre con el cielo: esta la única consideración que fortifica y eleva las almas.

Si tales almas son en gran número, el Estado será rico y floreciente, se verá reinar la verdad, el bien, lo bello, según este modelo, que es el principio y el origen eterno de toda verdad, de todo bien y de toda belleza.

Ya todos los cristianos pueden ver, como Nós lo hemos manifestado al principio, cuales son los frutos y cual es la virtud fecunda del Rosario de María, su poder para curar los males de Nuestra época y hacer desaparecer los castigos que sufren los estados; pero es fácil de comprender que sentirán más abundantemente estas ventajas aquellos que, inscritos en la Santa Cofradía del Rosario, se distinguen por una unión particular y verdaderamente fraternal y por su devoción á la Santísima Virgen; en efecto, estas Cofradías aprobadas por la autoridad de los Pontífices romanos, colmadas por ellos de privilegios y enriquecidas de indulgencias, están sometidas á su jurisdicción, tienen asambleas á fecha fija y gozan de poderosos apoyos que le aseguran su prosperidad y las hacen grandemente provechosas para la sociedad humana.

Estos son como ejércitos que combaten los combates de Cristo por sus Misterios sagrados, bajo los auspicios y la guía de la Reina del cielo. Se ha podido justificar en muchas circunstancias, y sobre todo en Lepanto, cuan favorable se ha mostrado á sus súplicas y á las ceremonias que ellos han organizado. Es, pues, utilísimo, mostrar gran celo para fundar, acrecentar y gobernar tales Cofradías. Nós no hablamos aquí solo á los discípulos de Santo Domingo, aunque estos sean principalmente encargados de esta misión, según su Instituto, sino á todos los que tienen el cuidado de las almas y, sobre todo, el ministerio de las iglesias en las que estas Cofradías están instituidas.

Nos deseamos también ardientemente que los Sa-

cerdotes que emprenden viajes para propagar la doctrina de Cristo entre las naciones bárbaras, ó para afirmarla donde ya se ha establecido, propaguen asimismo la devoción del Rosario.

Con las exhortaciones de todos estos Sacerdotes, Nos no dudamos que ha de haber un gran número de cristianos, cuidadosos de sus intereses espirituales, que se harán inscribir en esta misma Cofradía, y se esforzarán por adquirir los bienes que Nos hemos indicado, aquellos, sobre todo, que constituyen la razón de ser, y, en algún modo, la esencia del Rosario.

El ejemplo de los miembros de la Cofradía inspirará á los demás fieles un respeto y una piedad muy grandes hácia el Rosario.

Estos animados por ejemplos semejantes, pondrán todo su celo en tomar parte en estos bienes saludables.

Tal es Nuestro ardiente deseo.

Esta es también la esperanza que Nos guía y Nos anima en medio de los grandes males que sufre la sociedad. ¡Ojalá gracias á tantas oraciones, María, la Madre de Dios y de los hombres, que nos ha dado el Rosario, y que es su Reina, pueda hacer de suerte que esta esperanza se realice por completo!

Nos tenemos confianza, venerables Hermanos, en que vuestro concurso, Nuestras enseñanzas y Nuestros deseos contribuirán á la prosperidad de las familias, á la paz de los pueblos y al bien de la tierra.

Como prenda de las bendiciones divinas y como testimonio de Nuestra benevolencia, Nos os acordamos de todo corazón á vosotros, á vuestro Clero y á vuestro pueblo la bendición católica.

Dada en Roma, cerca de San Pedro, el 8 de Septiembre de 1893, el decimosexto de Nuestro pontificado.

LEON XIII, PAPA.

La hermosísima é importante Encíclica que precede, y que ha llegado á nuestras manos despues de publicado el último número de este BOLETIN, se leerá en todas las Iglesias Parroquiales de esta Diócesis el primer día festivo inmediato á su recibo, en el ofertorio de la Misa mayor.

Ciudadela, 10 de Octubre de 1893.

† EL OBISPO.

CARTA DE SU SANTIDAD.

A nuestro querido hijo Antonio Brugidón.

Querido hijo, salud y bendición apostólica.

A las pruebas de benevolencia que os hemos dado amenuado, place á Nos añadir públicamente ésta, por la cual Nos alabamos el celo que habéis desplegado, vos en primer lugar, y el gran número de los que á las exhortaciones de sus Obispos han dado recursos para erigir en Nuestra augusta ciudad, una Iglesia en honor de San Joaquin, Nuestro celestial patrono.

Tal designio y los actos que ha inspirado. Nos parecen, por más de un titulo, altamente laudable. En primer lugar, porque Nos hemos visto que se da con esto oportuna ayuda á todo ese gran barrio de la ciudad tan cerca de Nos, que se halla en cierta manera bajo nuestra vista, á fin de que allí se cultiven las instituciones cristianas, y se favorezca el culto divino. Después, porque en la nueva iglesia es donde tendrá su asiento principal la *Asociación de la Adoración reparadora de las naciones católicas*, Asociación que habéis fundado, y Nos hemos aprobado y enriquecido con indulgencias desde el año 1882, y apropósito de lo cual Nos nos proponemos dictar reglas para que sea cada vez más fecunda en beneficios para todas las naciones.

A esto hay que añadir que el nuevo templo, gracias á la insigne piedad de los católicos hacia Nos, será como un testimonio especialísimo del beneficio que Dios Nos ha concedido para que pudiéramos cumplir sano y salvo el quincuagésimo año de Nuestra elevación al episcopado. Continúad, querido hijo, con actividad vuestra obra, que seguramente contribuirá al acrecentamiento de la gloria divina y que Nos es soberanamente agradable. Insistid de tal suerte que, conforme á Nuestro ardiente deseo, ese magnífico templo se lleve á su término para fines del presente año.

Según Nuestro deseo, tenemos la plena confianza de que responderá la plena liberalidad de los fieles, que ya ha brillado en todas las clases, desde las más ínfimas hasta las mas elevadas, y que ha merecido el agradecimiento de Nuestro corazón.

Queriendo Nos confirmaros Nuestra benevolencia y confianza, Nos os concedemos afectuosamente en el Señor la bendición apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 1.º de Septiembre de 1893. año décimosexto de Nuestro Pontificado. —
LEÓN XIII, Papa.

CRÓNICA DE LA DIÓCESIS.

Nuestro Ilmo. Prelado, deseoso de coadyuvar á la obra del templo de S. Joaquin, de que se habla en la carta que arriba insertamos, remitió hace ya algun tiempo á Roma con tal objeto la cantidad de ciento veinte y cinco pesetas.

En el dia 8 del actual, una numerosa comision de padres de familia, presidida por el conocido médico de esta ciudad D. Joaquin Comella, se presentó á nuestro celosísimo Prelado, para significarle el vivo agradecimiento de que se hallan poseidas para con S. Sria. Ilma. las familias, cuyas hijas se educan en el acreditado colegio de la Venerable Madre de Lestonnach, dirigido por las Religiosas, Hijas de Nuestra Señora. La susodicha comision tuvo á bien manifestar al Ilmo. Sr. Obispo que, gracias á su exclusiva iniciativa y únicos esfuerzos y sacrificios, esta ciudad tiene la dicha de contar con un establecimiento de enseñanza que envidian otras poblaciones de mayor importancia, y en el que sus hijas reciben una instruccion tan esmerada y completa en todos los ramos que abarca la educacion de la mujer, así la que corresponde á la señorita de más elevada posicion social, como la que necesita la hija de la más modesta familia del pueblo, y en condiciones tales, que jamás hubieran podido apetecer ni siquiera soñar. Añadieron los individuos de la comision que, á pesar del poco tiempo que hace que sus hijas asisten á dicho Colegio, han tenido repetidas ocasiones y sobrados motivos de conocer, palpar y apreciar los resultados de su aprovechamiento religioso, moral, literario, artístico y en las labores de su sexo, y que era tan grande el interés que sus celosas é ilustradas Maestras han sabido despertar en sus tiernos corazones por el estudio, y tan poderosos los estímulos que les han infundido para la aplicacion y el trabajo, que el mayor castigo con que pueden amenazarlas en sus pueriles travesuras era el de privarlas de asistir algun dia á las clases del Colegio. Nuestro bondadoso Prelado sumamente agradecido ante tan espontánea manifestacion indicó á los Señores comisionados que aquel acto que acababan de realizar era para él la mayor recompensa que, despues de la de Dios, podia desear por todos sus trabajos y sacrificios en favor de la buena educacion de la niñez y juventud que el Señor le ha confiado, al paso que un fuerte estímulo para continuar empleando todas sus fuerzas y todos sus recursos por el bien moral y material de sus amados diocesanos.